

Cuatro reacciones ante un Premio Nobel que nadie esperaba

Jeremías Gamboa

1

Mario Vargas Llosa recibió la llamada de la Academia Sueca el año en que nadie —empezando por él— sospechaba siquiera que aquello fuera un posibilidad “real”. Lo primero que creyó cuando escuchó la voz de Peter Englund del otro lado de la línea telefónica fue que se trataba de una broma. Todos quienes en algún momento tiramos la toalla con él entendimos perfectamente esa reacción: Desde que en 1982 Gabriel García Márquez obtuviera el galardón máximo de la literatura mundial era evidente que si existía otro novelista en nuestra lengua con iguales opciones de alcanzar ese mismo premio ese era Vargas Llosa, aunque en cierto momento nos quedó claro a todos que aquello no ocurriría jamás. Algo, sin embargo, nos molestaba. Con el paso del tiempo se había hecho evidente que mientras el “realismo mágico” premiado en Estocolmo en los ochenta se desvanecía o quedaba confinado al reciclaje de algunas eficientes escritoras de *best sellers*, la influencia de la obra realista de Vargas Llosa —sus ambiciosas novelas totales, sus generosas reflexiones técnicas acerca del oficio de la narrativa y sus ensayos y alegatos en favor de una novela cercana y sobre todo viva— crecía de manera incontrovertible.

Hasta que se hizo justicia la mañana del jueves 7. Y entonces todo cambió. A quienes seguimos la obra de Vargas Llosa nos ha quedado claro que el hecho de que le hayan concedido el Nobel casi tres décadas después de la consagración de Gabo no remite para nada a un “retraso” sino todo lo contrario; su

obra podría empezar a sobrepasar a la del hombre de Aracataca. No creo, como señaló el célebre mensaje del Twitter que se atribuyó apócrifamente a García Márquez, que entre los dos haya “cuentas iguales”. Hay una diferencia entre ganar el Nobel en 1982 y hacerlo en el 2010. Que el premio de Vargas Llosa haya sido recién concedido manifiesta la actualidad de una obra que trascendió largamente el momento específico del *boom* y ratifica el papel que ostenta el peruano como verdadero “escritor de escritores” en nuestro idioma. Pocos narradores en español, en efecto, han podido esquivar la tarea de lidiar con su obra. A través del tiempo la han homenajeado, apropiado, contestado e intentado pulverizar, o todas esas cosas a la vez. Incluso Roberto Bolaño, el otro gran escritor de escritores y el talento más claro de la última novela latinoamericana, lo hizo: parte de su ficción, entre otras cosas, se puede leer como el deseo de reconvertir y leer bajo una luz distinta —la de Cortázar y sobre todo la de Borges— la utopía de la “totalidad” que la novela realista vargasllosiana instaló en nuestra literatura para siempre. Aquello no le pasó ni lejanamente con García Márquez.

“En el Círculo de Bellas Artes”, escribió un mes antes del Nobel el novelista español Antonio Muñoz Molina a raíz de la presentación de un libro, “me acordé del impacto de la primera lectura de *Cien años de soledad*, pero también comprendí que en mi formación había sido mucho menos decisiva que *La casa verde*, y que mi idea de lo que es un novelista la había aprendido mucho más de Mario Vargas Llosa que de García Márquez”.



Declaraciones como esta se han multiplicado tras el premio. Todas apuntan a lo mismo. Al parecer la imagen hechicera y sobrenatural que Gabo encarnó durante muchos años —y que resultó a su modo paralizante para sus seguidores y por ello algo estéril— ha encontrado finalmente su némesis: la del escritor apasionado que se construye a punta de oficio, disciplina, rigor y pasión, y que tiene en el ahora consagrado modelo de Mario Vargas Llosa a su más señero representante.

“Que esto cambie la manera de percibir Latinoamérica”, declaró el peruano la mañana del anuncio del premio. A mí me dio la impresión de que se refería de un modo velado a esa visión exotista con que la literatura *made in Macondo* monopolizó la percepción que se ha tenido de esta parte del continente durante mucho tiempo. El nuevo Nobel pondrá las cosas en su sitio. Para empezar ya nos cambió a nosotros: A todos, incluso a Mario, la noticia nos pareció en un principio extraña o fantástica, casi “real maravillosa”. Con el paso de los días, felizmente, hemos ido tomando conciencia de que es real y cierta, de que pertenece con más claridad que nunca al más brillante y cercano realismo.

2

Mi familia se ha reunido en casa de mis padres la noche del jueves 7 de octubre a brindar por Mario Vargas Llosa y de pronto la pantalla del televisor muestra a un profesor del colegio San Miguel de Piura diciéndoles a sus alumnos que en ese preciso salón de clases estudió el ahora flamante Premio Nobel de Literatura. Los chicos se miran entre sí y observan las modestas carpetas del aula a la que han ido a estudiar esa mañana y nosotros los miramos a ellos. Solo unos segundos después, cuando el mismo maestro muestra los registros de notas del escritor y mi madre me pregunta, en voz alta, entre las risas de mi papá y de mis hermanas, si por casualidad conservo las mías del colegio donde estudié, creo darme cuenta de que algo ha empezado a pasar en el país. No me sorprendería que este año empiece la fiebre de los niños bautizados con el nombre de Mario o que las solicitudes de ingreso al colegio San Miguel se multipliquen por veinte para el 2011.

Mario representa muchas cosas para muchas personas. Conozco a muchos amigos, compañeros y colegas que lo quieren desde hace mucho tiempo y que a fuerza de hablar de él

lo han terminado llamando simplemente así, Mario, como si se tratase de un viejo conocido. Para mi familia, por ejemplo, formada por dos migrantes ayacuchanos que creyeron que la educación sería la única herramienta de progreso para sus tres hijos él representó desde siempre algo así como un modelo de la excelencia, el ejemplo vivo del hombre que construye su prestigio y su bienestar a través del dominio de un idioma que no era el de ellos, que ambos conquistaron con las dificultades de muchos migrantes en la ciudad y que vieron con asombro fluir naturalmente, sin esfuerzo, de la boca de sus hijos. De hecho a estas alturas no me parece extraño que mi hermana mayor se haya dedicado a ser profesora de literatura y que la menor, aunque médico, fuera quien despertara en mí la vocación por escribir: era una lectora compulsiva. La mañana del jueves 7 fue precisamente ella quien me despertó para darme la noticia. Y un par de horas después me llamó la mayor, igualmente exultante. Yo tuve el placer de darle la noticia a mi papá y ser testigo de su sorpresa y de todo su júbilo. Nadie se lo esperaba.

En casa no hemos hecho otra cosa que hablar de Mario durante años. Cuando era muy niño, recuerdo que mi papá guardaba bajo llave un ejemplar de *La guerra del fin del mundo* en un cajón de su pequeña biblioteca y que mi hermana menor intentaba leerlo en secreto, sin entenderlo del todo, para contarme pasajes completados o alterados por su imaginación. Cuando varios años después ella decidió abocarse a la medicina y yo empecé, casi al mismo tiempo, a sentir la necesidad

de escribir, mis padres apoyaron sin reservas, aunque con algo de temor, mi vocación. Creo que la idea de un hijo escribiendo en español era más fuerte que los posibles problemas económicos que tendría o las crisis de nervios porque algo se resolvía para ellos en esa decisión. Para cuando eso pasó yo ya era uno de esos chiquillos completamente enloquecidos por el estímulo brutal de las novelas de Mario, pero sobre todo por la pasión de sus ensayos y las revelaciones de su libro de memorias. Me veo de 19 años leyendo sin parar un ejemplar prestado y deshojado de *El pez en el agua* que me mostraba de un modo sorprendente que el genio de *Conversación en La Catedral* y *La casa verde* no se veía a sí mismo ni como un ser superdotado ni como un tipo de enorme talento ni tan siquiera con alguien con cierta facilidad con las palabras. El Mario de ese libro era un hombre cualquiera, como mis amigos o como yo, solo que armado de una voluntad sobrenatural y de un deseo casi incendiario por desmentir la realidad, por pulverizarla. En el nacimiento de su vocación uno identificaba claramente la rabia imprecisa que sentía por el mundo real, la fe explosiva que le profesaba a la literatura, y un sentido intacto de la inocencia.

El triunfo de Mario este año, por eso, me pareció en un primer momento la victoria de un tipo de inteligencia no necesariamente común en nuestro país, pero necesaria: esa brillantez que solo proviene de la disciplina y que parece vacunada contra el cinismo. Muchos peruanos entendimos o nos acercamos o fuimos tocados de diversas maneras por ese mensaje en años anteriores, pero tras el Nobel es posible que el modelo tras-

cienda los predios de la mera literatura y cale en muchas más personas. Quizás ya ocurrió con los alumnos del colegio San Miguel de Piura o con sus madres. Ocurre con todos los que queremos escribir. Seguramente ocurrirá con muchos chicos llenos de desasosiego y confusión de pronto iluminados o acompañados por los magníficos libros que nuestro Nobel ha estado escribiendo a lo largo de todos estos años.

3

“Yo soy el Perú”. Se trata sin duda de la frase del año. Desde que Mario Vargas Llosa la pronunciara en la conferencia de prensa que siguió al anuncio del Nobel no ha dejado de ser parafraseada, citada y sobre todo ampliamente discutida por quienes han visto en ella desde el gesto altivo de un ganador soberbio y ególatra hasta el lema patriótico que reivindica finalmente el galardón como la victoria de todo un país. Cuando al escritor le salió del forro luego de que una periodista le preguntara con algo de mala onda por qué no agradecía al Perú si había hecho lo propio con España, es claro que ni siquiera preveía su impacto ni las interpretaciones que desataría: “¿Cómo voy a agradecer a mi país?”, dijo simplemente, casi riéndose de la tautología, “si el Perú soy yo”.

La manera en que los medios explotaron la frase —y la posterior aparición de museos, homenajes y hasta cumbias en honor al escritor— refleja la necesidad de muchos peruanos por sentir —en estos tiempos de “cultura del éxito— que el Nobel, en buena cuenta,

nos pertenece a todos. Si a algo apuesta la transmisión por señal abierta de la ceremonia de premiación en Estocolmo del viernes 10 es precisamente a eso: que un número amplio de peruanos sintamos algo parecido a lo que vivimos juntos viendo a Machu Picchu coronarse como maravilla del mundo moderno. ¿Resultará así? Sin duda no. La situación es ahora otra y nos abisma. No solo porque esta vez el logro es claramente más importante que el anterior y ha sido conquistado por el esfuerzo descomunal y solitario de un solo hombre, sino porque además ese esfuerzo estuvo lejos de recibir el apoyo de sus compatriotas —como el caso de Sofía Mulanovich o de Kina Malpartida— y muchas veces, incluso, se opuso frontalmente a la opinión de la mayoría de ellos. Al punto de ser estigmatizado.

Acabo de terminar *El sueño del celta* y me ha resultado difícil no leer la recreación de los últimos días de la vida del activista irlandés Roger Casement a la luz del nacionalismo que ha desatado el Nobel y a la relación tensa y exaltada que el autor del libro ha guardado con su propio país. En el recuento agónico que el protagonista practica de todos los actos radicales que lo llevaron a vivir el repudio de sus enemigos ingleses pero también el de sus propios compatriotas, Casement parece encarnar algunas experiencias incandescentes que atravesó el propio Vargas Llosa a lo largo de todos estos años. Yo recuerdo nítidamente su imagen en 1997 en el aeropuerto Jorge Chávez encarando estoicamente una salva de huevos que le arrojaban simpatizantes fujimoristas a los gritos de “traidor” y “terrorista” como premio a haberse opues-

to, casi en solitario, a un temible gobierno de facto pero inmensamente popular al que la mayoría de peruanos entronizamos vergonzosamente con nuestro silencio o nuestros votos en 1992 y 1995.

Hace poco un amigo mío me decía con agudeza que lo que más afectaba de Vargas Llosa en materia de “amor al país” era que su patriotismo transcendía el ejercicio retórico del político tradicional, siempre falsamente granítico, y se había fraguado, a vista de todos, en la materia movediza de sus ficciones y en el arrebato irreverente y polémico de sus actos cívicos y políticos. En casi todos los gestos del escritor hacia el Perú —dejemos de ser hipócritas— se ha manifestado lo que todos, sin excepción, hemos sentido en nuestro fuero interno por el país pero que a la vez, en público, decimos no tolerar: Vivimos el Perú renegando muchas veces de él y otras exaltándolo; lo asumimos como un dolor y al rato como una esperanza. Si algo explicita el trabajo de Vargas Llosa quizás sea la cabalidad de ese sentimiento contradictorio y orgánico, vivo, que experimentamos todos a diario y que sin duda es una manera indudable de pertenecer a este país, de “ser” él. Si entendemos que es así, creo que aquel viernes 10 de diciembre más de uno sintió, con todo derecho, que el peruano que salió a recibir ese Nobel que tanto se merece “es el Perú”, con todo lo ambiguo y contradictorio que la frase trae consigo. O mejor aun, y para ser justos: Que el premio que recibe de manos del rey de Suecia es estrictamente suyo, porque él se lo ganó, pero que como peruanos nos sentimos sinceramente orgullosos de que así sea.

4

Veo a Mario Vargas Llosa sostener el llanto durante un largo rato en la sala de actos de la Academia Sueca de Estocolmo y, como tantos otros, hago esfuerzos indecibles por no llorar. Hay algo sorprendente y sobrecogedor en la imagen inédita de este hombre a punto de deshacerse en un llanto incontrolable el mismo día de su apoteosis como escritor. Quienes lo vemos pasar este trance lo recordamos en muchas conferencias, disertaciones, polémicas y discursos públicos. En todos ellos ha mantenido siempre sus opiniones con una firmeza inalterable. Pero ahora, en el acto acaso más significativo de todos los que ha vivido como escritor o ciudadano público, el hombre ha decidido romper el protocolo y dedicar varios párrafos de su discurso más importante a la relación entrañable que sostiene con su país y uno al vínculo que lo ha unido por más de cuatro décadas a su esposa y madre de sus tres hijos. Entonces ahí, contra todo pronóstico y delante de las cámaras, como nunca en el transcurso de casi medio siglo, el hombre se pone a llorar.

He hablado con muchas personas que se conmovieron viendo el discurso y he visto una y otra vez, con sorpresa, los videos que de él han colgado en YouTube: Allí donde antes uno solía leer una salva de comentarios erizados y toda clase de epítetos entre seguidores y detractores de Mario Vargas Llosa de pronto se deja ver el consenso colectivo en torno al valor del premio como reconocimiento al esfuerzo de un hombre excepcional, a la naturaleza de las palabras del Nobel respecto

de su patria, y en especial, de las que dedicó a su compañera de ruta. A diferencia de algunas de sus novelas, y de casi todos sus artículos de opinión, este discurso parece haberle gustado a todos por igual. A mí me da la impresión de que, en contenido y en gestos, ha marcado una reconciliación definitiva entre el escritor y el país, un proceso que se venía cocinando desde hacía mucho tiempo y que se consolidó con los homenajes de que fue objeto Mario Vargas Llosa en el 2008. Como nunca, esa mañana peruana vimos al Nobel referirse a su país a través de imágenes de un poder nostálgico y hasta lírico que difícilmente se hubiera permitido antes, y a la vez lo vimos hacerlo a la manera más peruana. Bromeando con algunos amigos nos decíamos que podríamos creernos tranquilamente que peruanos como César Vallejo o José María Arguedas no hubieran podido aguantar las ganas de moquear en una circunstancia así —“fregados por los cóndores”, como decía el poeta de Santiago de Chuco— pero que si existía un compatriota acaso inmunizado contra esos efluvios sensibleros ese era Mario Vargas Llosa. Nos equivocamos. ¿Hay algo más peruano que dedicarle el discurso a la esposa y ponerse a llorar sobrepasado de la emoción en la gala más solemne de las letras universales? Los aplausos que interrumpieron el discurso y a la vez el protocolo de décadas de la Academia fueron como la respuesta del país, otro acto de abierta peruanidad. Eso pasa, pienso, cuando metes a tantos peruanos en un salón de Estocolmo.

“Al Perú lo llevo en las entrañas” había dicho minutos antes Mario esa tarde imborrable.

Viendo las reacciones de los medios, y de la gente común, me alegra profundamente que haya sido este 2010 el año del Nobel y no antes. A fines de los años ochenta e inicios de los noventa, cuando su nombre sonó con mayor fuerza en los salones de la Academia de Estocolmo, un reconocimiento así solo habría significado el divorcio entre el creador y su país. El Perú de este 2010 que siguió atentamente los actos del Nobel está imbuido en una cultura del éxito y un sentido de la autoestima que no resiente el logro de un solo hombre y más bien se imagina el premio como algo de todos. El de 1987 o el de 1992 era un país jalonado por un conflicto interno y luego por una dictadura y en el que la doctrina liberal —que preconizó impopularmente Vargas Llosa y que es ahora algo así como un principio desde el cual imaginar el progreso del país— era como decir una mala palabra. En tal contexto el Nobel no hubiera significado otra cosa que la manifestación de algo “excepcional”, la excepción a la regla del ser peruano, y no descarto que el discurso de Vargas Llosa hubiera estado cargado de esa energía altiva que animó las mejores páginas de *El pez en el agua*. Nadie en 1988 o 1990 hubiera imaginado siquiera remotamente que Vargas Llosa “era” el Perú y hubiera seguido con tanta preocupación todo lo que le pasaba al escritor la semana del Nobel como si se tratara del propio país. De pronto el Perú se resfriaba, se caía, perdía la voz, se mostraba sensible. De pronto el Perú lloró. Y todos con él, al unísono, felices de imaginarnos, al fin, como un país que, como dijo nuestro propio escritor, “no tiene una identidad sino que las tiene todas”.